

LA EDUCACION HUMANISTICA EN ESCUELAS Y UNIVERSIDADES EN LA PERSPECTIVA DE LA ACTUAL POLITICA DE LA CULTURA

por el pof. HELLMUT FLASHER

De la Universidad del Ruhr, Bochum

Atención especial merece la discusión, cada día más vehemente, en la esfera de la educación alemana, sobre la importancia del gimnasio (liceo) de lenguas antiguas, y por tanto sobre la enseñanza del griego y el latín. Los esfuerzos por evitar o esquivar un "estado crítico" en la educación, presididos por el designio de lograr que en el tiempo más breve posible el número mayor posible de alumnos logre la madurez indispensable para el ingreso en las Universidades, tropieza, como con un obstáculo, con el gimnasio de lenguas antiguas, con sus clases de latín que empiezan ya en la "sexta", y la enseñanza del griego, no ciertamente fácil. No es, pues, milagro, que se haya procedido a reducciones siempre renovadas respecto de estas dos disciplinas precisamente, pasando a un lugar secundario, en general, cuanto se refiere al gimnasio de lenguas antiguas, incluso parecería que, respondiendo a las exigencias educacionales de nuestro tiempo, se tiende, en lo posible, a renunciar a estas —así se les llama— lenguas muertas.

En forma parecida se observa esta tendencia en una serie de países occidentales. En Alemania gravita, como un obstáculo, más la tradición "humanística". El gimnasio humanístico, como característica del siglo XIX se consideraba como prerrogativa de clase (social), y el "humanismo escolar" —así se argumenta— en el fondo no establece, en absoluto, un verdadero contacto con la Antigüedad. Se ha subrayado —a partir de Nietzsche sobre todo— el antagonismo entre Antigüedad y humanismo escolar, y el tema de este antagonismo sobrevive en formas múltiples, algunas políticamente matizadas.

Si se considera el influjo, hoy ya evidente, de esta orientación, se impondrá necesariamente el criterio de que en semejantes tendencias acecha un grave peligro para todo nuestro sistema de enseñanza, sobre todo para las Universidades. El profesor universitario lo advierte ya, en forma constante, en su tarea cotidiana. Para caracterizar por lo pronto la situación de la filología clásica, indicaremos algo brevemente. También la filología clásica participó, en cierta medida, en el impresionante aumento del número de estudiantes que se inicia hace unos diez años. Fue realmente asombrosa la gran cantidad de estudiantes que a pesar de las perspectivas profesionales, relativamente desfavorables ya entonces, se sintieron atraídos por esta disciplina. Entretanto ha surgido una situación que va directamente contra otras dis-

ciplinas. Frente al considerable exceso de profesores de griego, prácticamente apenas faltan profesores de latín, pues el déficit estadístico de éstos es compensado ampliamente por el recurso a profesores de griego que enseñan latín. Frente a esta situación las autoridades del Culto se ven inducidas a procedimientos de dirigismo. Dondequiera los consejeros profesionales y otras secciones adoptan una actitud de apremiante advertencia en lo que atañe al estudio de la filología clásica. Ahora bien, es casi grotesco que en situación semejante se pretenda empeorar aún las cosas con una reducción de la enseñanza del griego, mientras en otras disciplinas se ven obligados a reducir las clases porque no se sabe de dónde sacar los profesores. Estas tendencias tienen aún otras graves consecuencias, que en plena intensidad sólo se han puesto de manifiesto en los últimos años. Inclúyese aquí la malsana desproporción entre los escasos estudiantes de filología clásica y los relativamente numerosos estudiantes que combinan el estudio del latín con el estudio de alguna filología de lenguas modernas o con una disciplina histórica.

Estas combinaciones son perfectamente sensatas y legítimas. Existen desde hace ya cincuenta años. Pero antes los estudiantes llegaban del gimnasio humanístico ya con sólidos conocimientos de griego. No ocurre esto hoy generalmente. Consecuencia de ello es la dificultad de transmitir la literatura latina en forma científicamente responsable al no poder referirse, por ejemplo, en Horacio, a la lírica griega, en Cicerón a la filosofía griega y en Virgilio a Homero. Añádase que antes, frente a los estudiantes de filología clásica, eran una minoría los llamados "sólo latinos", mientras hoy la combinación de latín y griego constituye una excepción.

Se evidencia aquí, pues, una fisura funesta en la filología clásica como unidad de conjunto en el aspecto de especialidad y en el institucional. Y el daño se hace sentir menos en el griego que en el latín, que al faltar en gran medida los componentes griegos, que ya no pueden presuponerse en la mayoría de los estudiantes de latín, deberá conformarse con una esencial pérdida de substancia. Es también inquietante el hecho de que los relativamente escasos alumnos de filología clásica la mayor parte se encuentren ahora en los semestres superiores, mientras en griego faltan casi en absoluto en los semestres inferiores y medios incluso en las grandes Universidades. Habrá por fin que dejar bien claro

hasta qué punto y en forma casi imperceptible —y lo que esto significa para nuestra vida espiritual— se haya socavado en sus fundamentos toda una disciplina a los ojos de todos, una disciplina que por su trascendencia de especialidad se incluye entre las fundamentales para la Universidad como un todo.

Como de acuerdo con esta evolución resulta que los estudiantes de otras especialidades que aún poseen conocimientos de las lenguas antiguas son cada día más escasos, estudios de las ciencias del espíritu de la más honda trascendencia quedan gravemente amagados al no poder, por ejemplo, arqueólogos, historiadores, germanistas, filósofos, leer ya las antiguas fuentes, y llegará un día en que no podrán colaborar fecundamente con la filosofía clásica al no quedar apenas estudiantes de esta especialidad.

La teología debe sufrir especialmente las consecuencias de la reducción del gimnasio de lenguas antiguas, pues aquí los estudiantes deben estudiar aún de dos o tres lenguas, lo cual, como ocurre en la esfera de la Facultad de Filosofía, es incompatible sencillamente con la exigencia de la disminución de las horas de estudio.

El apremiante designio de poner un tope a los propósitos de diezmar el gimnasio de lenguas antiguas, no responde, sin embargo, tanto al deseo de encauzar grupos de estudiantes hacia el terreno de la filología clásica como a la hondísima preocupación de conservar un vasto saber sobre los orígenes históricos y los fundamentos de nuestra propia cultura, y ello, ciertamente, no sólo en la esfera de los estudios universitarios, sino sencillamente en la conciencia de cuantos aspiren a un nivel intelectual decoroso.

Ciertamente quien hoy defiende la conservación de la educación humanística y el correspondiente tipo de escuelas, se hará al punto sospechoso de un pensar restaurativo ante la opinión pública y sus órganos de la prensa, que impulsados por una febril ola reformadora, abierta a todo lo nuevo, verán en su actitud el aferrarse al eterno ayer y a un pensamiento de élite presidido por la diferencia de clases, sin comprensión para los signos de la época. Pero semejante sospecha se basa en un desconocimiento de las circunstancias o en una inferioridad grávida de resentimiento. Pues ningún razonable defensor de la educación humanística piensa en restablecer nada que se parezca a los sistemas de 1856. Está, por el contrario, convencido de que los profundos cambios de nuestro siglo exigen reformas en la esfera de las instituciones docentes y seguirán exigiéndolas. Mas si quieren ir realmente de acuerdo con la época, no deben conducir a la eliminación del gimnasio humanístico.

Pues cabalmente el gimnasio humanístico puede contribuir a resolver los problemas que hoy nos son planteados y él mismo está sometido a una transformación tanto en lo exterior como en lo íntimo. Allí donde se le enfrenta con anticuados prejuicios debe replicar y esforzarse en llevar su acción a todos los estratos con el asunto que en verdad representa. Y este asunto, el de la educación impregnada por el

contacto con la Antigüedad, ha cambiado hoy, por su parte, en comparación con tiempos anteriores. Pues mientras antes la Antigüedad en sus vitales manifestaciones, en la literatura sobre todo, era considerada como el gran dechado, se ha convertido hoy en arsenal de modelos que no ayudan, ciertamente, a resolver nuestros problemas de modo inmediato, pero contribuyen a captar con más rigor sus dificultades y a brindar, en forma múltiple, puntos de orientación para una autodeterminación del ser humano en el espacio y el tiempo.

En diversas esferas puede observarse que nos encontramos bajo el signo de este proceso. Vale esto especialmente en lo que se refiere a las ciencias naturales, que en creciente medida se preocupan hoy de su propia historia y no, ciertamente, por un interés arcaista, sino totalmente al servicio de su propia problemática, tal como lo ha formulado Heisenberg, por ejemplo, recordando los tiempos de su juventud: "En todo caso me sentía poseído, ya entonces, por la convicción de que apenas sería posible trabajar en la física atómica moderna sin conocer la filosofía griega de la naturaleza". Lo que esta convicción significa prácticamente se evidencia con toda claridad, por ejemplo, en la exposición de Heisenberg sobre la evolución de la moderna física atómica, donde es visible de modo directo la fundamental importancia de los modelos de la reflexión antigua. Pero donde con mayor claridad se manifiesta la necesaria vuelta a la consideración de determinados conceptos y criterios de la Antigüedad en nuestra época es, ciertamente, en la medicina. Aquí adquirió nuevamente, en la esfera práctico-ética, una inmediata significación el Juramento de Hipócrates en la "Formule de Genève", presidida por sus conceptos, elaborada en 1947, en cuya virtud la conducta del médico, tras las conmociones de la época, encontraría simbólicamente una nueva base moral sobre un fundamento antiguo. ¿Y no vemos con asombro el desarrollo de la especialidad historia de la medicina, en la que el número de los profesores se ha quintuplicado en Alemania en los últimos años? Estas tendencias traen su origen seguramente de los críticos síntomas de una medicina desmenuzada en disciplinas diversas, fenómeno contra el que la historia de la medicina debe ejercer un influjo integrador. Justamente en estos momentos se ha reiniciado un intensivo estudio de la medicina antigua y en estos momentos justamente uno de los más eminentes representantes de esta especialidad, el profesor Robert Herrlinger, de la Universidad de Kiel, se ve en trance de lamentar públicamente la escasez de estudiantes con conocimientos de lenguas antiguas. Aquí, y en otras esferas ha sido precisamente nuestra época la que ha logrado encontrar la actitud adecuada frente a la ciencia antigua. Pues mientras hasta bien entrado el siglo XVIII y en parte aún en el siglo XIX la discusión se concentraba sobre lo exacto o inexacto de los detalles materiales de la ciencia natural antigua, viniendo luego un período de arrogancia positivista en el que, bajo el signo de la embriaguez de los descubrimientos se miraban de arriba abajo las soluciones de los antiguos,

cercenándose además todo vínculo entre ciencia de la naturaleza y filosofía, hoy se considera la ciencia antigua de la naturaleza con una visión más pura y dejando a un lado mezquinas minucias de cálculo sobre la exactitud de los detalles, se estudian, en amplia perspectiva, las estructuras fundamentales del pensamiento, que cobran renovada actualidad en una época en la que el nexo entre ética y ciencia natural adquiere un carácter más apremiante que nunca.

Ahora bien, el proceso de determinación y reflexión inalienables con la ayuda de los modelos del pensamiento antiguo, en su pura forma no se restringe a la esfera de la ciencia. Se observa también en el contacto con la poesía antigua, con la tragedia griega sobre todo. "Recuperación de la poesía antigua" se ha llamado al sorprendente proceso. En momentos en que la ilusión burguesa de un mundo firme y seguro se ha derrumbado, cediendo plaza a un grave sentido de lo trágico, el drama antiguo, en parte en su forma pura, o a través del medium de las formas poéticas o musicales modernas, se ha convertido en algo que vive en presencia entre nosotros.

Podrían aducirse aún bastante aspectos que demostrarían hasta qué punto, en forma no siempre consciente por lo demás, es un hecho el encuentro crítico con múltiples estratos de la vida antigua y de muy diverso modo. No puede, pues, alegarse ya que la renuncia a una formación escolar humanística sea algo que la época y la actualidad exigen necesariamente y que equivale al rechazo de formas y normas de educación caducas y anticuadas. Antes bien, de la observación de que en las más diversas esferas el contacto con la antigüedad es hoy vivísimo, debe concluirse, como tarea obligada de política cultural, el conservar con el suficiente dinamismo funcional el gimnasio de lenguas antiguas para que el indispensable número de jóvenes estudiantes se encuentren en situación de juzgar objetivamente los orígenes antiguos de nuestra cultura, valerse de sus más fecundos elementos y lograr que arrojen nuevo fruto. No significa esto, naturalmente, otorgar al gimnasio de lenguas antiguas el valor de premisa escolar para el estudio de la filosofía clásica. Antes bien, la finalidad de este tipo de escuela debe consistir en preparar a los alumnos, precisamente en virtud de una formación orientada en el sentido de un contacto con la Antigüedad, para una acción en todas las esferas de la ciencia, incluidas la medicina y la ciencia natural. Pero es que, por si fuera necesario, la realidad misma corrobora esta orientación con el gran número de egresados del gimnasio de lenguas antiguas que ingresan en las Universidades técnicas y en las Facultades de medicina y ciencias naturales, sin la menor señal de fracaso.

Que en una forma nueva cobran hoy la educación humanística y el gimnasio de lenguas antiguas una especial significación encuentra confirmación elocuente y positiva en testimonios públicos de política de la cultura y en teóricos de la enseñanza. En una encuesta realizada en 1964 por la revista

austríaca "Palabra y Verdad" bajo el tema "¿Adiós a la Antigüedad?", replica Georg Picht de este modo: "No veo cómo podrán resolverse los problemas de los próximos cien años si el espíritu europeo pierde la fuerza y la capacidad de renovarse con la reflexión sobre sus orígenes".

Tan seguro como que sólo con latín y griego no podremos superar los problemas de nuestro tiempo, lo es que sin un contacto fecundo, sin un concienzudo enfrentamiento con la Antigüedad, sobrevendrá una monstruosa nivelación de toda nuestra vida espiritual como consecuencia necesaria.

Es bien sabido que en las escuelas norteamericanas puede decirse que hasta hoy no se enseñaba el griego en absoluto y muy poco latín. En los últimos años, sin embargo se observa un constante aumento de los estudiantes de latín. En la investigación ordenada en abril de 1965 por el Ministerio de Educación de los Estados Unidos, se nos dice, entre otros interesantes asertos, que el estudio del griego atrae más cada día: ("in recent years there has been a considerable revival of interest in Greek"). Se piensa en implantar, con el apoyo de los ministerios y autoridades del Gobierno, además del estudio del latín, seis años de griego en las escuelas norteamericanas. Se proyecta establecer así la más estrecha conexión con la enseñanza del latín y temáticamente con el estudio de la historia antigua y la arqueología.

Un caso ejemplar es el de Checoslovaquia, que después de la guerra había suprimido totalmente el griego en la enseñanza universitaria y había reducido a un mínimo el estudio del latín y que ha restablecido, según el modelo de los gimnasios austríacos, la enseñanza de ambas lenguas en vista del considerable descenso cultural y general que se observaba en las Universidades. También otra serie de naciones —Japón, Canadá, por ejemplo— proyectan, por distintos motivos, una intensificación del estudio de las lenguas antiguas. En realidad se trata de un proceso que acaba de iniciarse y al que, por su naturaleza, no se le ve término. Nadie podrá discutir que nos enfrentamos aquí con difíciles problemas y que su solución se hará de todo punto imposible con una simple reducción de los cursos.

Sería equivocado pretender exigir una primacía para el gimnasio de lenguas antiguas frente a otras disciplinas, las que hoy existen y las que en alguna nueva forma surgirán en el futuro. Pero debe aspirar, por lo menos, a una igualdad de trato. Fundamentalmente deberá mostrarse abierto a las formas exteriores de los estilos didácticos, tal como hoy se discuten, siempre que sean aptas para transmitir eficazmente una cultura orientada hacia el espíritu de la Antigüedad.

Quizá sean nuestras ideas de las finalidades y posibilidades de esta cultura más cautas que en tiempos anteriores, pero una cosa es segura: su descuido no beneficia a nadie y es un falaz camino hacia la crisis cultural que tenemos el deber de impedir.

Traducción de Ramón de la Serna